

El impacto social de la Arqueología por medio de la Literatura: algunos ejemplos rácticos

Social impact of Archaeology through Literature: practical examples

Pablo Guerra García

Arqueólogo y autor de la novela “El Hallazgo”

p.guerra.garcia@gmail.com

Jaime Almansa Sánchez

Arqueólogo y editor-gerente de JAS Arqueología

Antonio Vizcaíno Estevan

Departament de Prehistòria i Arqueologia. Universitat de València

antonio.vizcaino@uv.es

Recibido el 15 de noviembre de 2013

Aprobado el 27 de noviembre de 2013

Resumen: Agatha Christie se casó de segundas nupcias con Max Mallowan, arqueólogo. En su novela *Come, tell me how you live*, describe su experiencia en las excavaciones en Siria, una de las mejores descripciones noveladas de la profesión. Con el tiempo han aparecido otras obras que en ocasiones, enfocan la imagen del arqueólogo desde un punto de vista metodológico y escasamente divulgativo, plasmando habitualmente los clichés “indianajonistas” que arrastramos desde el siglo XIX. Muchos investigadores de la llamada Arqueología Pública, o *Public Archaeology*, llevan tiempo postulando un cambio en la imagen de la arqueología y del pasado. Ese cambio, tal vez, no consista en cambiar a la sociedad sino a nosotros mismos, como profesionales pero también, como divulgadores de conocimiento.

Palabras clave: arqueólogo, literatura, tópicos, “indianajonista”.

Abstract: Agatha Christie remarried Max Mallowan, archaeologist. In her novel *Come, tell me how you live*, she describes her experience excavating in Syria, probably one of the best descriptions of the archaeological profession. Since then, other books appeared, offering a more technical and methodological view of the archaeologist, with a low divulgative profile and capturing cliches form the 19th century, closer to Indiana Jones than to reality. Public Archaeologists have postulated the need for a change in the public image of archaeology and the past. This change is not about society, but about ourselves and our role as communicators.

Key words: archaeologist, literature, cliché, “indianajonista”.

¿Quién debe llevar el espejo? Imagen-reflejo y arqueología-sociedad

Esta interesante teoría fue comentada durante la celebración del I Congreso SOPA 2013. La idea es simple. Durante años, los profesionales de la arqueología hemos estado muy ocupados con el objetivo de conseguir que la sociedad pueda llegar a comprender nuestro trabajo, y finalmente sepa cuál es nuestra verdadera labor. Con esto creíamos conseguir también que el patrimonio cultural fuese respetado. Ciertamente hemos obtenido muy buenos resultados, y podemos ser optimistas de cara al futuro. Sin embargo, en Malpartida de Cáceres se planteó otra posibilidad: ¿y si nosotros fuésemos realmente los que no sabemos lo que quiere la sociedad? Nos vemos a nosotros mismos, arqueólogos “cualificados”, como los poseedores de la varita de la sabiduría y creemos conocer a la gente. Creemos saber lo que quieren y por consecuencia, creemos que somos el mejor dispositivo de divulgación social. ¿Y si estamos equivocados?

Recreando la alegoría del reflejo, o de la llama y la sobra en la cueva, tanto da lo mismo, hasta el día de hoy creíamos que la sociedad portaba un gran espejo, un inmenso espejo, en el que nos mirábamos nosotros, los arqueólogos, y en este quedaba reflejada una imagen que a la vez, la sociedad veía o creía ver. Todo lo contrario, es muy posible que estemos equivocándonos, y debamos romper ese espejo. ¿Por qué esa separación con la sociedad? ¿Nos estamos aprovechando de nuestra posición como supuestos teóricos?:

Una teoría es realmente ‘revolucionaria’ en la medida en que es un elemento de separación y de distinción consciente entre dos campos, en cuanto es un vértice inaccesible al campo adversario (GRAMSCI, 1973).

En las últimas décadas se ha puesto a la cabeza de estos razonamientos (y de otros) una tendencia o especialidad llamada Arqueología Pública, o *Public Archaeology*. Desde ella se abordan diferentes aspectos como la relación entre la Arqueología y la cultura popular, la práctica profesional de la Arqueología o su “imagen” frente a la sociedad (entre otros muchos, <http://www.communityarchaeology.co.uk/> o <http://www.arqueologiapublica.es>). En los últimos años se han multiplicado las publicaciones a este respecto, favoreciendo mayormente la comprensión del sector

(RAMOS y DUGANNE, 2000; MATSUDA, 2004; ALMANSA SÁNCHEZ, 2006). Uno de los más activos a nivel nacional e internacional es Jaime Almansa, quien por medio de diferentes publicaciones periódicas aporta novedosas visiones acerca de este sector (ALMANSA SÁNCHEZ, 2010; 2011a; 2011b).

Pero, ¿qué es la imagen? Nuestro trabajo cuenta con numerosas especialidades y salidas profesionales, no solo de campo, sino en museos, en bibliotecas, en universidades, en archivos, en la administración. ¿Acaso deberíamos tener un espejo para cada una de esas especialidades? No es un problema fácil de solucionar. Muchos libros e historias que describen nuestra labor no siempre cuentan con el favor de los lectores, especializados o no especializados. Las últimas obras como *El Arqueólogo Enamorado*, de Daniel Casado Rigalt, o *El Hallazgo*, de Pablo Guerra García, muestran aspectos diversos de la cotidianidad laboral de los arqueólogos, y sin embargo, ¿es una imagen real, o sufren del síndrome de la idealización de la imagen?

La literatura se ha servido de la imagen del patrimonio arqueológico y del pasado para un sinnúmero de objetivos, desde la propaganda de ideologías hasta la venta de productos de marcado carácter nacional (en este sentido ver PASCUAL PASTOR y VICENS LLORCA, 2004; <http://www.numanthia.com/>). Más adelante se comentará en profundidad este asunto, pero merece la pena echar la vista atrás y recordar algunas obras como *El Tesoro*, de Miguel Delibes, todo un clásico de la literatura, con los encantos propios del estilo del autor y los caracteres del arqueólogo del momento (DELIBES, 2009). También es interesante la visión dada por algunos cuentos y relatos como *El Pequeño Arqueólogo*, de 1966, o el mítico *Les Aventures de Tintin et Milou: Les Cigares du Pharaon*, en su edición de 1934 (PROSPER REMÍ, 1964). Hoy en día las versiones infantiles de cuentos evolucionan de la mano de los adelantos, con versiones *online* que permiten un acceso más directo a los medios y a la información (<http://dinosauriosyprehistoria.blogspot.it/>).

Los medios de comunicación hacen uso a diario de la imagen de un sector que no se caracteriza por contar con unas aceptables condiciones laborales (MOYA MALENO, 2010). El mundo del cine también se ha alimentado de las entrañas de la arqueología. Probablemente los arqueólogos que se dediquen a la historia de América se tiren de los pelos ante la imagen que se ofrece de las culturas pre-hispánicas, mientras los demás nos entusiasmábamos viendo a los *síoux* y a los *apaches* arrancar cabelleras de colonos americanos. ¿Nos extrañamos ahora de que ellos no sientan lo mismo viendo películas como *Gladiator* (2000, Scott Free Production) o *1492: El Descubrimiento* (GAUMONT, 1992)?

Hasta aquí, de cualquier modo, estamos hablando de estereotipos basados en investigaciones obsoletas y clásicos del siglo XIX, pero mucho más grave es el caso de la pseudoarqueología, en línea con otras pseudociencias, que ofrece una exitosa imagen totalmente alejada de cualquier atisbo de realidad. Desde que se comenzaron a tratar las primeras relaciones con monstruos míticos y alienígenas (ver el clásico de la literatura

de terror de H.P. LOVECRAFT; FRIGOLI, 2010), o la convivencia entre humanos y dinosaurios (ver clásicos del cine como *Hace un millón de años* o series como *Los Picapiedra*), estos temas han levantado un gran interés entre el público y han ido engrosando el catálogo de recursos de exitosos comunicadores del misterio nacionales e internacionales.



Fig. 1. *El Pequeño Arqueólogo* (COL TORAY, 1966).

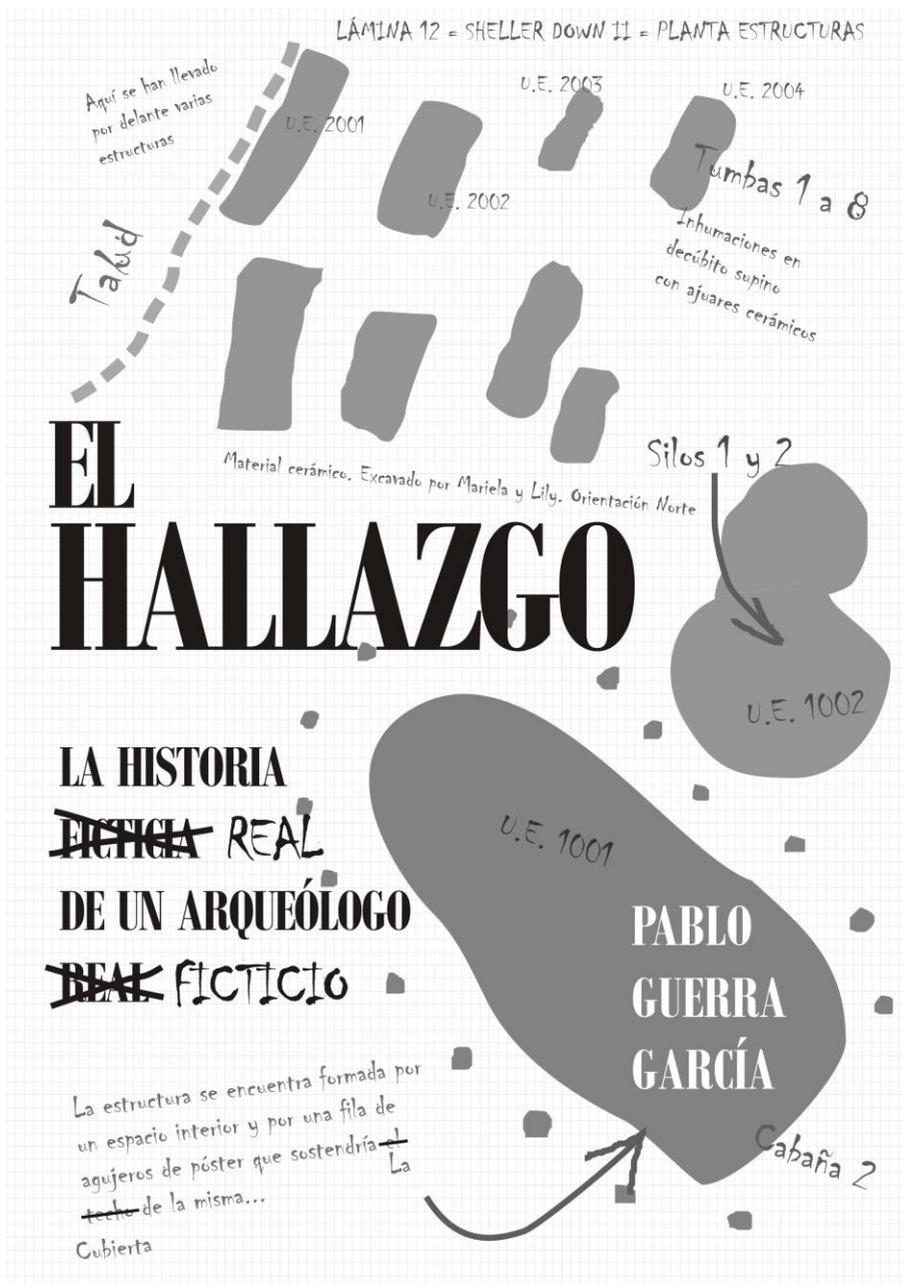


Fig. 2. El Hallazgo (GUERRA GARCÍA, 2012).



Fig. 3. Iker Jiménez junto a Pablo Guerra, comprando un ejemplar de El Hallazgo en la Feria del Libro de Madrid.

El éxito de estos programas es tal, que tanto en radio como televisión cuentan con espacios privilegiados y el mundo editorial está plagado de ejemplos de éxito muy superiores al de cualquier obra arqueológica, e incluso las mejores novelas históricas de calidad. ¿Es posible enfrentarse a este fenómeno? La socialización del patrimonio es, sin lugar a dudas, una de las pocas herramientas con las que contamos para ello y el caso de la literatura es probablemente uno de los mejores reflejos de la necesidad de llegar más allá de nosotros mismos.

1.- La novela histórica o el malabarismo realidad-ficción

Una de nuestras responsabilidades como profesionales de la arqueología interesados en la comunicación efectiva con la sociedad, es la de analizar y entender la imagen que se percibe y se construye sobre nuestra profesión y sobre el pasado en la cultura de masas (HOLTORF, 2007). En términos generales, arqueólogos e historiadores han planteado el acercamiento al pasado con un fin único: el de generar conocimiento. A pesar de que la Arqueología Pública propone nuevas vías de acceso -no excluyentes- en las que el patrimonio y el pasado se convierten en una herramienta a

través de la cual alcanzar otros fines -entre ellos mejorar la vida de las personas-, la tónica ha seguido siendo la de entender la creación de conocimiento como un objetivo exclusivo. Y, sin embargo, más allá de nuestro círculo profesional la sociedad se apropia del pasado y le otorga nuevos significados y valores en función de su contexto más inmediato, de sus intereses, sus necesidades, etc.

En el caso que nos ocupa, la literatura ha sido una de las formas más habituales de imaginar el pasado de una manera informal, alejada de los tecnicismos y las constricciones de los discursos académicos y muy ligada a la necesidad de encontrar en el pasado una especie de refugio donde dejar volar la imaginación (GARCÍA GUAL, 1995). La sociedad se ha acercado a la literatura en calidad de consumidora pero también de productora, lo que, en principio, debería haber sido un aliciente para fomentar la diversidad de visiones sobre el pasado.

Si hablamos de historia y hablamos de literatura, sin duda el género más exitoso ha sido el de la novela histórica. *Best-sellers*, editoriales especializadas, público fidelizado y secciones fijas en librerías avalan su popularidad. Sin embargo, el género no ha caído tan bien en todos los sectores. En el ámbito académico, por ejemplo, a menudo es tildado de banal, de no reproducir con fidelidad cómo fue *exactamente* un periodo histórico determinado. Como profesionales debemos ser conscientes de lo que implica el binomio novela histórica: tiene un componente de historia que debe ser presentado con rigurosidad, pero al mismo tiempo existe un margen para la ficción; porque una novela es, ante todo, entretenimiento (JAECKEL, 2012). Evidentemente el entretenimiento no es incompatible con el rigor, y de hecho el éxito de una buena novela histórica debería fundamentarse en saber encontrar el equilibrio entre fidelidad histórica y ficción literaria. De lo contrario, puede caerse en uno de los extremos menos deseables: la fabulación de la historia o la sobresaturación de datos e información histórica (curiosamente ese tipo de novelas excesivamente detalladas son denominadas "arqueológicas"). Lo cierto es que una buena novela histórica que conjugue fidelidad histórica con nivel literario puede convertirse en un instrumento de primer orden para el aprendizaje sobre el pasado, seguramente con mayor capacidad de persuasión y efectividad que un manual de historia convencional. Porque debemos tener en cuenta que la novela histórica, junto a muchos otros productos que conforman lo que conocemos como cultura de masas -en especial televisión e internet-, son los que asientan las ideas y los estereotipos en el imaginario colectivo, muy por encima de los museos, los libros de divulgación y los actos académicos (ALMANSA, 2006; RUIZ ZAPATERO, 2012). Por ello conviene que analicemos dichos estereotipos y que logremos entender el por qué de su éxito y cuál es el trasfondo que las genera.

La novela histórica ha privilegiado determinadas épocas, ya sea por la disponibilidad de fuentes primarias y secundarias o por su mayor capacidad de atracción. El mundo egipcio, con todas las connotaciones de exotismo, sensualidad y misterio que como representación de lo oriental tiene para Occidente, ha sido muy recurrente, con grandes éxitos de ventas como los de Christian Jacq o Terenci Moix.

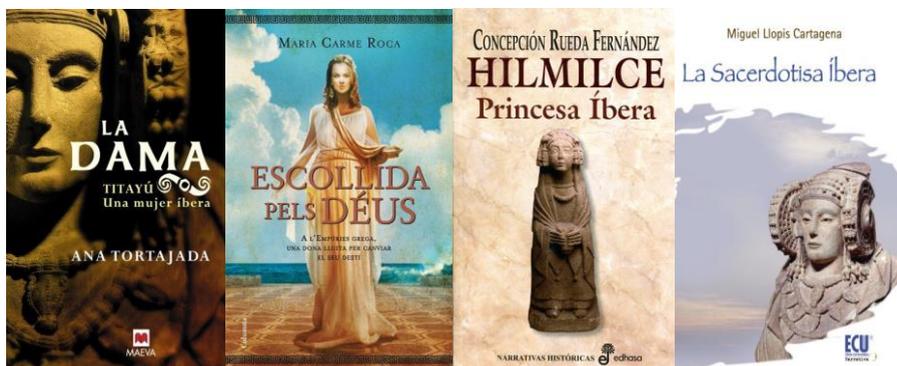
También la historia de Roma se ha convertido en protagonista de infinidad de novelas, muy a menudo evocando un mundo de corrupción, de cierta depravación y de intrigas imperiales. Robert Graves, Marguerite Yourcenar, Lindsey Davis, Valerio Massimo Manfredi y, más recientemente, Santiago Posteguillo, se han convertido en autores de referencia. De la Prehistoria, por su parte, se ha tendido a novelar el encuentro entre neandertales y sapiens, recreado con niveles de dramatismo y conflictividad muy dispares, en el que a menudo se ha buscado autoafirmar la superioridad de nuestra especie (HAMILTON, 2005); las novelas de Jean Marie Auel han sido sin duda las de mayor repercusión. En España una parte considerable de la novela histórica se ha dedicado a recrear historias de la Guerra Civil -ya desde la propia Transición- como una manera de acercarse a un pasado reciente y traumático de una manera distinta y alejada de la censura y los tabúes que sobre este suceso todavía siguen existiendo. Otros periodos, en cambio, no han llamado tanto la atención o, al menos, no han trascendido de la misma manera. ¿Qué hay, por ejemplo, de los iberos? Seguramente la mayoría de nosotros no conozcamos ningún título en el que los iberos sean los protagonistas. Probablemente los hayamos visto pulular en alguna novela sobre romanos y cartagineses, como en la exitosa *Aníbal* de Gisbert Haefs (2006), pero resulta más complicado encontrar una novela de renombre en la que sean los iberos los verdaderos protagonistas. Y, sin embargo, contamos con algo más de una veintena de novelas históricas ambientadas en el mundo ibérico. Pero, ¿qué imagen se transmite sobre ellos? La gran mayoría de novelas ambientadas en época ibérica coinciden en una idea básica: la de presentar a los iberos como un pueblo básicamente guerrero. Ejemplares como *El Último Guerrero* de Teresa Juvé (1986), *Orisón de Oreto*. *El héroe ibero* de Héctor Huertas (2010), *La Sombra del Mercenario. Memorias de un viejo ibero* de Rufino Fernández (2010), *El Guerrero de La Serreta* de Miguel Lucas Cantó (2009) o *El Mercenario Oretano* de Jesús Calzado (2010) lo anticipan ya con sus títulos.

Y, en efecto, prácticamente todas las novelas están ambientadas en la Segunda Guerra Púnica, es decir, en el momento en que romanos y cartagineses desarrollaron una parte considerable de sus contiendas en la Península Ibérica y en las que, lógicamente, los iberos no se mantuvieron neutrales. De hecho, para los novelistas la Segunda Guerra Púnica constituye el momento ideal en el que mostrar a unos iberos guerreando en todo su esplendor: la "patria" en peligro por la invasión de dos superpotencias, las más poderosas del Mediterráneo; la necesidad de decidirse entre someterse o luchar hasta la muerte, participando de las gestas más heroicas; la intervención directa de grandes personajes como Aníbal y Escipión; las historias de amor truncadas por el desencadenamiento de la guerra, etc. En resumidas cuentas: los ingredientes perfectos para una aventura épica.

El ibero se convierte, de este modo, en un auténtico héroe, definido por unos valores concretos -valentía, honorabilidad, fidelidad- y caracterizado como el abanderado de la lucha por la libertad. En cambio, cuando las mujeres son las protagonistas, lo son principalmente en calidad de princesas o sacerdotisas.



Lám. 1. Las portadas presagian, a través de las imágenes y los títulos, un estereotipo recurrente entre los iberos.



Lám. 2. El estereotipo del hombre-guerrero se complementa con el de la mujer-sacerdotisa/princesa

Pero, ¿a qué responde esta imagen? Realmente debemos remontarnos un par de siglos para entender parte del porqué. En un momento de conflicto con un gran imperio como era el napoleónico, el nacionalismo español encontró en el pasado más remoto la muestra de valentía y honorabilidad que debía definir al carácter español, que ahora se manifestaba en todo su esplendor (WULFF, 2003): Napoleón era el nuevo Aníbal, los españoles se convertían en descendientes directos de iberos y celtíberos, y los episodios reseñables, como la resistencia de Zaragoza, pasaban a ser un claro reflejo de las heroicas gestas de Numancia y Sagunto. El pasado legitimaba el presente, y la sociedad accedía a él a través de canales distintos: las historias oficiales, la pintura de historia, los manuales escolares... y también las novelas históricas. De hecho existen varios ejemplares de novelas o relatos históricos en el s. XIX y parte del XX que recrean el pasado ibérico, como *Los últimos días de Sagunto ó Ergasto y Belenna* de Carlos Nicolás de Palomera, publicada en 1863 (Palomera 1863) o *Sónnica la Cortesana* de Blasco Ibáñez en 1901 (BLASCO IBÁÑEZ, 1989), entre otras. Todos ellos reforzaban el mito de la resistencia saguntina como expresión genuina de españolidad y la idea del

ibero como un guerrero infatigable que lucha hasta la muerte por su libertad. A pesar de que las novelas sobre iberos de las últimas dos décadas han diversificado la temática, en gran medida como resultado del mayor conocimiento que se tiene sobre la cultura ibérica, lo cierto es que, si nos fijamos bien, en esencia -y exceptuando algunos casos- se siguen reproduciendo los mismos estereotipos que en el s. XIX, aunque bajo perspectivas distintas. Lo cual, por otro lado, parece evidenciar la brecha que sigue existiendo entre arqueología y sociedad, pues hace tiempo que la investigación superó algunos de esos clichés sobre los iberos que fueron construidos en la Antigüedad y que se han seguido reproduciendo a lo largo del tiempo.

Es evidente que la novela histórica, como otros productos de la cultura de masas, no pretenden representar una realidad histórica -si es que esto puede conseguirse- sino evocar una idea de realidad aceptada y asentada en el imaginario colectivo (RUIZ-DOMÈNEC, 2009). Y esto mismo es lo que ocurre con la imagen de la arqueología. En la literatura, pero también en el cine, la televisión, en la prensa e incluso en los museos, se recurre a unos tópicos y a unos estereotipos ya anclados que son difíciles de sustituir. La arqueología es vista mayoritariamente como una búsqueda de objetos que se convierten casi en fetiches, sin que de ello se derive ningún tipo de reflexión ni, por supuesto, un rol o un beneficio social bien definido. Ahora bien, de la misma manera que la literatura -así como cualquier otro medio- contribuye a perpetuar estereotipos, también puede servir para desafiarlos, para introducir nuevas ideas que planteen alternativas a la visión convencional que se tiene sobre el pasado o sobre nuestra profesión. En este sentido la novela *El Hallazgo* de Pablo Guerra se suma a las todavía escasas propuestas que apuestan por una visión alejada de los tópicos del arqueólogo. Pero, ¿cómo se plantea una novela de este tipo?

2.- Novelando el tiempo, novelando personas: *El Hallazgo*

“Y hubo que convertir a Lancaster Williams en realidad: ¿Qué hace un editor como tú con un libro como este?”

La crisis no ha afectado solo al ladrillo y a la arqueología más tradicional. La cultura es uno de los pilares más flojos en la cadena de consumo y cuando hay que recortar gastos, tiene todas las papeletas de sufrir. El mundo de la edición es complejo, difícil y está lleno de problemas. Impagos, falta de difusión, tradición lectora (pobre), sobreoferta. Plantearse editar nuevas obras es un riesgo que pocos locos asumen sin el respaldo de una gran compañía.

Cuando Pablo Guerra se presentó ante Jaime Almansa con un taco de folios y una historia, este no lo dudó mucho. La historia había comenzado en 2011 con la publicación de *El futuro de la arqueología en España*, donde Pablo Guerra aportó un capítulo un tanto literario con un protagonista con el que todos nos identificábamos,

Lancaster Williams. La potencia del personaje era innegable y la oportunidad que ofrecía para contar una historia diferente de la arqueología era única.



Fig. 4. ¡Lee! El primer ejemplar de El Hallazgo en el bolsillo de Jaime Almansa.

Cuando Jaime Almansa comienza la aventura editorial de JAS Arqueología, tiene claras dos cosas: Los precios no pueden ser altos y los contenidos no pueden ser tediosos. Tenía que existir una forma de publicar ensayos de fondo científico accesibles a un público más amplio. Pero, ¿qué pasaba con ese otro público que no tenía interés por el ensayo? La oportunidad de editar una novela era prometedora. Solo quedaba saber si ese taco de folios era la novela.

El proceso de edición de un libro es largo y tedioso. Lecturas, correcciones, lecturas, correcciones, alguna que otra cerveza para hacerlo más llevadero y más lecturas y correcciones. Al final parece mentira poder llegar a un texto con el que autor y editor están de acuerdo y un formato adecuado. Se buscó que fuera manejable y atractivo, huyendo de cualquier extravagancia. El libro tenía que pedirte que lo abrieras y lo importante estaba dentro.

Cuando el libro sale de imprenta es como tener un hijo (bueno, en este caso 1.000), descanso por verlo hecho realidad, nervios por saber qué será de él, ilusión por el camino que empiezas, miedo al fracaso y un agujero en la cuenta corriente. Entonces sale de la imprenta y te pide más trabajo. Lo normal es presentar, distribuir y rezar para que se venda algo, pero autor y editor querían darle vida más allá del papel y se embarcaron en una aventura paralela desde las redes sociales. Lancaster Williams y Neill Mac Allister, dos de los protagonistas del libro, toman vida en el ciberespacio (tomando nota del movimiento de la *blognovela* y llevándolo a un nuevo nivel con la *tuitnovela*) planteando opiniones de actualidad a través de las redes sociales; y Pablo Guerra continúa ofreciendo contenidos que complementan la historia (CASTILLO ANDRÉS, 2013).

Cuando una aventura como esta es tan ilusionante, los proyectos pasan por la cabeza a velocidad de vértigo. Segundas partes, historias paralelas, ediciones especiales, películas pornográficas (todo culpa de la cerveza) y radionovelas. ¿Por qué no iba a ser Lancaster Williams un nuevo Indiana Jones?

“¡Vamos, cuéntame cómo crees que vivo!”: El Hallazgo

El autor de la novela *El Hallazgo* puede considerarse ya escritor (aunque aún con la boca pequeña), pero también es arqueólogo. Casi todo el mundo sabría explicar cuál es la tarea de un escritor: escribir libros, cuentos o historias que narren acontecimientos, o que permitan soñar al lector. Sin embargo, cuando se le pregunta a alguien que cuál es la función de los arqueólogos, lo normal es que el encuestado suelte un sonado “¿arqueoqué?”, ¿será por lo complicado de la fonética? Es raro que no suceda con profesiones de similar fonación como arquitecto o arquero... Lo cierto es que la sociedad no tiene muy claro cuales son las funciones reales de los arqueólogos. Sin embargo, las personas que se atreven a dar su opinión creen que somos como los escritores, que inventamos cuentos mágicos con tesoros y aventureros, o que interpretamos la historia a conciencia para que tenga un final feliz.

Desde hace uno años viene pisando fuerte un campo dentro de la investigación, que es la Arqueología Pública o *Public Archaeology* (MACMANAMON, 2006). Ya se ha mencionado anteriormente, pero España cuenta con algunos de los más renombrados impulsores que tratan de estudiar cuál es el impacto social de la arqueología, concebida, o que debería ser concebida, como una herramienta útil para la sociedad. Hay mucha diferencia entre ser una herramienta científica y/o ser una herramienta al servicio de la sociedad. Este, y otros muchos debates, fueron abiertos desde las escuelas anglosajonas, conscientes de que la imagen del profesional y de la profesión necesitaban un cambio drástico (KRISTENSEN, 2007). Es un aspecto interesante, pero no vamos a ahondar en este punto, habiéndolo hecho en los anteriores.

La vinculación de la Arqueología Pública y la obra *El Hallazgo* es obvia, primero por que se trata de una novela, y por lo tanto, su carácter divulgativo es intrínseco. En segundo lugar, porque relata un aspecto de la arqueología que nunca nadie había descrito, como ya comentan algunos profesionales (LATORRE RUÍZ, 2013; <http://arqueologiaenmijardin.blogspot.it/2013/03/libro-el-hallazgo.html>). Son mucho más prolíficas las novelas históricas narradas por un investigador o contadas por un arqueólogo, que las que solo aparece el profesional como protagonista, independientemente de la línea espacio-tiempo en la que se desarrolle la historia. Por lo tanto no sería práctico separar estos dos tipos de obras. Así, por poner dos ejemplos, deberían formar parte del mismo catálogo libros como *La Plata de Britania*, de Lindsey Davis (1991) y *El Arqueólogo*, de Martí Gironell (2011). Ambas lecturas ayudaron, sin dudas, a confeccionar el libro de *El Hallazgo*. Sin embargo, una de las obras que más le influyó fue *Come, tell me how you live*, de la famosa escritora Agatha Christie. La historia es un perfecto diario de excavación, escrito por la autora durante su viaje a Próximo Oriente, acompañando al que era su marido y arqueólogo, Max Mallowan. Probablemente esta sea la mejor descripción de nuestro trabajo que se haya hecho nunca, incluso a pesar de los detalles propios del arqueólogo de la época. La imagen que nos facilita del profesional, al margen de las diferencias, es una figura natural, común, casi corriente. Tanto su marido como los demás arqueólogos, coroneles y profesores relamidos, son descritos por Christie con un atisbo de humanidad único. Ellos insultan, sufren, padecen, desconocen y hasta se conmueven. De hecho, el lector agradece esa pizca de humanismo, porque permite meterse en el cuerpo del personaje, verlo como alguien normal, próximo y cercano. Y sobre todo, porque es una imagen real. ¿No es esta, acaso, una de las intenciones de la Arqueología Pública?

Otras obras conocidas tratan de incluir algunas dosis de misterio y sobresalto, que tampoco viene mal, aunque en exceso pueden tergiversar la realidad. Nos referimos, por ejemplo, a la presencia de magia, extraterrestres y otros condimentos, que con el afán de buscar lectores solo consiguen alcanzar la insustancialidad. En definitiva, el actual repertorio de obras ofrece al lector posturas bastante antagónicas con respecto a nuestro objetivo. ¿Cuál es nuestro objetivo? Como arqueólogos debemos ser fehacientes en la investigación, ser concretos y obtener conclusiones

firmes. Sin embargo, como escritores debemos tratar de llegar a todos los públicos, intentando que la sociedad comprenda bien no solo cuál es nuestro trabajo, sino por qué es importante nuestro trabajo. ¿Lo sabemos nosotros?

No obstante, y tras leer algunos buenos trabajos de Arqueología Pública (JOFFE, 2006), uno se da cuenta de que a lo mejor habría que replantear los objetivos: ¿y si somos realmente nosotros los que no tenemos ni idea acerca de lo que quiere la gente? Tal vez la solución no esté en mostrar a la sociedad cómo es la arqueología, sino mostrar a los arqueólogos cómo es la sociedad.

Retomando la historia y el *cursus* de *El Hallazgo*, tras realizar algunas presentaciones en la zona de La Mancha, y una vez que el autor se encontraba realizando trabajos arqueológicos en la Comarca del Záncara, se planteó la posibilidad de conocer, con datos precisos, cuál había sido la repercusión y el éxito de la novela en esa zona rural. No pretendíamos conocer el éxito económico (ese aspecto concierne directamente al editor de la misma), sino el éxito divulgativo y docente. Para ello, habría que conocer de primera mano la opinión de algunos lectores, opinión enfocada a las siguientes preguntas: ¿cuál es su concepto de la arqueología y de los arqueólogos antes y después de leer *El Hallazgo*?, y ¿crees que ha mejorado dicho concepto tras la lectura? Así mismo se planteó la posibilidad de conocer la opinión de algunos compañeros de profesión. Dicho y hecho, se desarrolló la encuesta entre varios individuos de diferentes edades y ocupaciones, y que por supuesto se hubiesen leído el libro. Los resultados no pudieron ser más esclarecedores. La imagen del arqueólogo había cambiado por completo. El uso del “cepillo”, de los “pinceles” o el “trabajo de la aventura” habían dado paso a conceptos como “gestión”, “divulgación”, “control de máquinas” y otras muchas acepciones que se acercan más a la realidad. En resumen, la conclusión a la que llegamos es que una iniciativa pequeña (libro de bolsillo, sin ir más lejos) había conseguido cambiar la percepción de un colectivo grande de personas, a favor de un concepto más real. Entonces, ¿dónde se encuentra el éxito? ¿Tal vez en la misma esencia de la novela? ¿O quizá en una línea argumental plagada de humanismo, y exenta de trivialidades?

Transcurridos los meses aún continúan los debates sobre lo importante que puede suponer el cambiar de orientación el prisma de la realidad (<http://pi3dra.tumblr.com/post/62230186114/algo-se-cuece-en-el-sopa>). No es lo mismo lo que nosotros pensamos de ellos, a lo que ellos piensan de nosotros. La arqueología ha arrastrado, y aún arrastra, el lastre de un elitismo investigador procedente de los años 20 del s. XX. Esto nos ha convertido muchas décadas en personajes oscuros y sombríos, solo mejorado (si se puede decir de alguna manera) por la industria cinematográfica. Hay que admitir que el resultado de ese lastre ha tenido consecuencias malévolas (<http://publicarchaeology.blogspot.it/2007/11/arqueologia-elitista.html>).

Afortunadamente, ese oscuro elitismo está pasando a convertirse en un corporativismo colectivo y solidario entre el profesional y la sociedad, como ya se está haciendo en algunos proyectos, como queremos recalcar a continuación:

Madrid (<http://www.ajpa.es>).

Asturias (<http://www.laponte.org>).

Cataluña (<https://www.facebook.com/LaLlacunaArqueologica>).

Castilla-La Mancha (<http://www.entornojamila.es>).

Algunos de esos proyectos desconocen o desconocían lo que era la Arqueología Pública, y sin embargo la profesan con desparpajo. Como conclusión, una gran frase: a veces, solo es necesario hacer cosas pequeñas para obtener grandes resultados (<http://elpetitarqueolog.wordpress.com/>).

Referencias bibliográficas

- AA. VV. *El Pequeño Arqueólogo*. Cuentos Toray, Buenos Aires, 1996.
- Almansa Sánchez, J. “La imagen popular de la arqueología en Madrid”, en *ArqueoWeb* 6(1), www.ucm.es/info/arqueoweb, 2006.
- Almansa Sánchez, J. “Editorial: Towards a Public Archaeology”, en *AP: Online Journal in Public Archaeology*, vol. 0, 2006, págs. 1-4.
http://www.arqueologiapublica.es/previous_issues.html,
- Almansa Sánchez, J. “Arqueología Para Todos los Públicos. Hacia una definición de la Arqueología Pública 'a la española'”, en *ArqueoWeb*, 13, 2011a, págs. 87-113. www.ucm.es/info/arqueoweb.
- Almansa Sánchez, J (Ed.). *El futuro de la arqueología en España*. JAS Arqueología Editorial, Madrid, 2011b.
- Blasco Ibáñez, V. *Sónnica la Cortesana*. Plaza & Janés, Esplugas de Llobregat, 1989.
- Calzado, J. *El mercenario oretano*. De Librum Tremens, Madrid, 2010.
- Cantó, M. L. *El guerrero de la Serreta*. Imprenta Hispana Alcoyana, Alcoy, 2009.
- Casado Rigalt, D. *El Arqueólogo Enamorado*. Esfera de los Libros, Madrid, 2009.
- Castillo Andrés, D. “Cuando la literatura salta de la vida a los blogs, en *Alfabeto Líquido*, blog de la revista *Caracteres*”, en 2013,
<http://revistacaracteres.net/blogs/alfabetoliquido/2013/09/cuando-la-literatura-salta-de-la-vida-a-los-blogs/>.
- Christie, A. *Come, tell me how you live*. Harper Collins, Londres, 2013.
- Dauids, L. (Ed.). *La Plata de Britania*. Edhasa, Barcelona, 1991.
- Delibes, M. (Ed.). *El Tesoro*. Ed. Destino, Barcelona, 2009.

- Elizalde, I. “¿Qué pasó con...? Los Celtas Cortos, el “chester” del obrero””, en *Expansión Empresas*, Unidad Editorial On Line S.L., Madrid, 2007.
<http://www.expansion.com/2007/08/06/empresas/1024023.html>
- García Gual, G. *La Antigüedad novelada*. Anagrama, Barcelona, 1995.
- Gironell, M. *El Arqueólogo*. SUMA, Barcelona, 2011.
- Gramsci, A. *Notas críticas sobre una tentativa de 'Ensayo popular de sociología'*. Traducción de Isidoro Flambaun, Ediciones Nueva Versión, Buenos Aires, 1973.
- Guerra García, P. *El Hallazgo. La Historia Ficticia Real de un Arqueólogo Real Ficticio*. JAS Arqueología Editorial, Madrid, 2012.
- Fernández, R. *La sombra del mercenario. Memorias de un viejo ibero*. Evohé, Madrid, 2010.
- Frigoli, R. *Las excavaciones de R'lyeh. La Arqueología como método, la Prehistoria como idea y la Literatura Fantástica de H.P. Lovecraft*. JAS Arqueología Editorial, Madrid, 2010.
- Haefs, G. *Anibal*, Edhasa, Barcelona, 2006.
- Hamilton, A. Popular depictions of Neanderthals, en *Totem: The University of Western Ontario Journal of Anthropology*, vol 13 (1), 2005, págs. 85-92.
- Holtorf, C. *Archaeology is a brand! The meaning of Archaeology in contemporary popular culture*. Archaeopress, Oxford, 2007.
- Huertas, H. *Orisón de Oreto. El béroo ibero*. Sial-Narrativa, Madrid, 2010.
- Jaekel, B. “Archaeological story-telling. Facts in fiction”, en N. Schücker (Ed.), *Integrating Archaeology. Science-Wish-Reality*, Frankfurt, 2012, págs. 81-85.
- Joffe, A. “Archeology and the media”, en *Society*, nº 43 (6), Social Science and Modern, 2006, págs. 71-76.
- Juvé, T. *El último guerrero*. Planeta, Barcelona, 1986.
- Kristensen T.M. “Special Reviews Section: Archaeological engagements: new media and beyond”, en *European Journal of Archaeology*, nº 10 (1), SAGE Publications, Praga, 2007, págs. 73-74.
- Latorre Ruiz, J. “Recensión sobre *El Hallazgo. La Historia Ficticia Real de un Arqueólogo Real Ficticio*”, en *ArqueoWeb, Revista sobre Arqueología en Internet*, nº 14, UCM, Madrid, 2013, págs. 221-223.
- McManamon, F. P. “The foundation for American public archaeology”, en D. Harmon, F. P. McManamon y D. T. Pitcaithley (Eds.), *The Antiquities Act: A Century of American Archaeology, Historic Preservation, and Nature Conservation*, The Arizona Board of Regents, Arizona University Press, Tucson, 2006, págs. 154-175.
- Matsuda, A. “The concept of “the public” and the aims of public archaeology”, en *Papers from the Institute of Archaeology*, nº 15, University College of London, 2004, págs. 66-76.
- Moya Maleno, P. R. “Grandezas y miserias de la arqueología de empresa en la España del siglo XXI”, en *Complutum*, nº 21(1), Universidad Complutense, Madrid, 2010, págs. 9-26.
- Palomera, C. N. de. *Últimos días de Sagunto ó Ergasto y Belenna*, Hermanos Alou Editores, Buenos Aires, 1863.
- Pascual Pastor, F. y Vicens Llorca, S. “Aspectos históricos, sociales y económicos del tabaco”, en *Adicciones*, vol. 16, Suplemento 2, 2004, págs. 13-24.

Prosper Remí, G (Ed.). *Les Aventures de Tintin et Milou: Les Cigares du Pharaon*, Ed. Juventud, Barcelona, 1984.

Ramos, M. y Duganne, D. *Exploring public perceptions and attitudes about archaeology*. Society for American Archaeology, SAA (Harris Interactive), 2000.

Ruiz-Domènec, J. E. “El poder de la ficción: novela histórica y Edad Media”, en *La Historia Medieval hoy: percepción académica y percepción social*, Pamplona, 2009, págs. 247-261.

Ruiz Zapatero, G. “Presencia social de la arqueología y percepción pública del pasado”, en C. Ferrer García y J. Vives-Ferrándiz Sánchez (Eds.), *Construcciones y usos del pasado. Patrimonio arqueológico, territorio y museo*, Valencia: Museu de Prehistòria de València, Diputació de València, 2012, págs. 31-73.

Silberman, N. A. “Real Archaeologists Don't Wear Fedoras”, en *The Washington Post*, 1 de diciembre de 2012, 2008.

<http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2008/05/23/AR2008052302453.html>

Wulff, F. *Las esencias patrias. Historiografía e Historia Antigua en la construcción de la identidad española* (siglos XVI-XX). Ed. Crítica, Barcelona, 2003.

Otros enlaces recomendados

<http://eldiariodelancasterwilliams.blogspot.com/>.

<http://irlandescabreado.wordpress.com/>.

<http://www.arqueologiapublica.es/>.

<http://pasadoreciclado.blogspot.it/>.

<http://pi3dra.tumblr.com/>.

